

dades o se siente deslegitimada por la culpa y no es capaz de contestar con sinceridad. Pero tal vez sí fuera sincera y mostrara como una vez que Sendero y la propia guerra alcanzaron un alto nivel de desarrollo macro-social, las personas, incluso los líderes, perdieran capacidad de actuación deliberada y autónoma, algo así como lo que concluye Philip Zimbardo en *El efecto lucifer* o la sociología de las organizaciones cuando hablan de burocracias que tienen como principal actividad su mantenimiento y expansión. En esta lógica, la ciudad letrada no es desbordada por el aluvión campesinista tras el que vendrá la modernización capitalista (un brillante argumento que Rénique toma de B. Moore), sino una desoladora sensación de presente fáctico, inmediato, impolítico, sin narración que compartir, letrados administrativos y gentes comunes que viven en los mercados y sus grandes burocracias como si de una gravedad físico-social se tratara.

Alentado por Sandoval, José Luis Rénique nos presenta un libro que nos permite, nos exige, discutir el largo recorrido de la ambición política en el Perú contemporáneo, nos obliga a ser lectores empíricos exigentes para valer como los lectores modelo que traza el libro.

Juan MARTÍN-SÁNCHEZ
Universidad de Sevilla

SAGREDO BAEZA, Rafael, *Historia mínima de Chile*, México, El Colegio de México, 2014, 297 pp.

El libro que aquí reseñamos, *Historia mínima de Chile*, del historiador chileno Rafael Sagredo Baeza, profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, es una obra que busca comprender y explicar. Tras leer unas pocas páginas se puede percibir que es un trabajo centrado en problemas. Y no cualquier tipo de problemas. Asuntos que históricamente han dado origen a una serie de nociones e imágenes sobre Chile que le han otorgado atributos que muchas veces, tras un cuestionamiento riguroso, no pasan de ser ideas con vacíos de realidad. Y es sobre los hechos dónde está elaborado el libro de Rafael Sagredo. Ese rigor factual, como suele percibirse en los buenos libros de historia, tutela la reflexión y propuesta del autor sobre la historia de Chile.

En términos generales, el libro está organizado en catorce apartados, o problemas, que culminan con un colofón y con un interesante comentario de referencias bibliográficas. Este último apartado representa un ejercicio muy poco común en estos tiempos por el trabajo crítico que exige, pero de un extraordinario valor historiográfico. Nos parece que el autor trabaja con planos o profundidades históricas, pues a pesar de esta cantidad de apartados, se puede ver con claridad que la obra está compuesta también en torno a cuatro grandes períodos: a.) los tiempos prehispánicos, b.) la configuración del orden colonial, c.) el proceso de construcción de la república y la nación durante el siglo XIX y, finalmente, d.) los problemas contemporáneos que generó la consolidación del modelo económico capitalista desde fines del siglo XIX y el tránsito hacia una sociedad global.

Los libros que fustigan (como éste) exigen detenerse en los contenidos, pues en ellos no existe la casualidad. Y en esta obra, el autor (pareciera) no dejó espacio a la arbitrariedad o la ambigüedad histórica, todo lo contrario, hay posturas y convicciones firmes. Los dos primeros capítulos, dedicados al período previo a la llegada de los europeos al Nuevo Mundo y la posterior consolidación de un orden colonial, son los más breves dentro del libro. Dado que el autor entiende Chile como una «realidad natural y social» (p. 15), describe especialmente los procesos que dan forma a la sociedad colonial en su interacción con el mundo indígena sin despreocuparse de su relación con el entorno. Por una parte, para Sagredo, los pueblos indígenas, en mayor o menor grado, «han influido en el desarrollo histórico posterior de la nación» (p. 35). Por otra parte, la valoración del territorio será importante para los europeos que llegan a América (p. 55), y por ende, la naturaleza se convierte en un actor más dentro de la trayectoria histórica chilena desde sus inicios.

La propuesta anterior es todo un acierto de Sagredo, pues como señala el autor, la sociedad chilena desde tiempos coloniales no sólo estuvo constantemente golpeada por la precariedad material y la pobreza, también por la aislación geográfica, por epidemias, plagas, sequías, por los desastres naturales y por cualquier acontecimiento calamitoso (pp. 64-65 y 86). Desde el punto de vista historiográfico, percibimos la influencia de un historiador agudo y original como Rolando Mellafe (1929-1995), que ya hace años llamaba la atención sobre el «acontecer infausto» presente en la historia de Chile (p. 86). Sagredo es capaz de recoger, pero especialmente reinterpretar, esa tradición historiográfica en esta obra. Tal como se aprecia a lo largo de todo el libro, ese doloroso camino que ha vivido la sociedad chilena la ha llevado a exponer su devenir histórico como una constante lucha para sobreponerse a las adversidades que, para el autor, condicionará la trayectoria política y social de Chile. Desde un inicio, Sagredo se interesa por estudiar problemas que van más allá de las grandes gestas o los héroes nacionales. Por el contrario, busca abandonar el estudio de los aspectos virtuosos y ejemplares que cualquier historia nacional posee, desarrollando una historia que pone el énfasis en los problemas esenciales que afectan una sociedad, por ejemplo, la educación, la salud, la desigualdad social, la cultura, entre otros.

Frente a ese sentimiento de inseguridad y precariedad constante, en una propuesta bastante original, el autor explica que la sociedad chilena desarrolló conductas, como la hospitalidad, para compensar la dureza de la existencia que se mantienen hasta el día de hoy. La sociedad chilena, entendida como una sociedad mestiza, fue desde tiempos coloniales una sociedad que agasaja y corteja a sus visitantes (pp. 95-103). Este es uno de los planteamientos más sugerentes de todo el texto, pues habla de los complejos y los sentimientos de inferioridad que dominan especialmente a los sectores oligárquicos de la sociedad chilena.

Lo anterior, lleva al autor a estudiar la importancia de los extranjeros en la formación cultural del país. Y para eso recurre al estudio de los viajeros que pasaban por Chile especialmente en el siglo XVIII. Nutriéndose de fuentes novedosas, como los diarios de viajes, Sagredo reconstruye la conducta hospitalaria

de la sociedad chilena con los extranjeros y describe particularmente el agasajo y coqueteo que, por ejemplo, las mujeres realizaban para llamar la atención de los visitantes.

Sin embargo, y a pesar de que el texto, tal como reconoce el propio autor, tiene por objetivo estudiar los procesos esenciales de la historia de Chile, nos parece que hace referencia de forma muy débil a uno de esos procesos e instituciones esenciales: la evangelización de los indígenas chilenos del sur y la participación de la Iglesia en la conformación del orden colonial. Por ejemplo, en el capítulo “Chile colonial, el jardín de América” (pp. 66-78), donde se centra en el estudio del avance hacia el sur, su plan militar, la economía y las relaciones comerciales que se establecieron en la frontera del Bío-Bío entre españoles y araucanos, apenas dedica un par de párrafos a la acción evangelizadora (p. 70). La acción de clérigos, misioneros, párrocos doctrineros, frailes y curas de almas, entre otros, también aportaron en la consolidación territorial, política y cultural en el sur del imperio colonial hispano.

El texto continúa con el análisis de la conformación de la república y el proceso de expansión nacional durante el siglo XIX. Es la parte más extensa del libro y donde se aportan más datos y referencias documentales. Esto no debe extrañar, pues gran parte de la obra del autor se ha preocupado preferentemente de este período de la historia de Chile. Uno de los planteamientos que destaca en estos apartados dedicados al siglo XIX, que para el autor representan «los desafíos de la República», es la exagerada confianza que la elite dirigente entregó al poder de la ley como abstracción regulatoria de la sociedad. Una noción y concepciones políticas que, de acuerdo a Sagredo, persisten hasta el día de hoy (p. 113).

A partir de esto, en uno de los análisis centrales y más provocadores del libro, el autor se introduce en el estudio de un problema que reconoce como una constante en la historia del siglo XIX y XX en Chile: el autoritarismo y la inclinación conservadora presente en las oligarquías gobernantes chilenas. Incluso, se atreve a definir, con un grado de ironía, la forma de ser del aristócrata chileno: «sobrio y tenaz, positivo y práctico, sin grandes luces intelectuales, honrado, escrupuloso e individualista (...) conservador y apegado a la Iglesia» (pp. 124-125). Por tanto, el aristócrata chileno (aunque no sólo él) es un amante, y también un celoso garante, del orden republicano y de la estabilidad institucional. Sólo de esa forma podemos entender la importancia de una figura como la de Diego Portales y el régimen político conservador que creó y perduró durante el siglo XIX.

Por tanto, y como resultado de la propia posición geográfica y realidad natural del país, como lo hace notar el autor, la tranquilidad, el orden y el poder fueron atributos que definen la mentalidad de la elite chilena desde el siglo XIX. Para Sagredo, el orden constitucional y la estabilidad política que diferenció a Chile del resto de repúblicas americanas, tuvo un (alto) costo para la sociedad chilena: ese costo fue el autoritarismo y el arsenal de estrategias represivas que fueron diseñadas para diluir la «anarquía». El control y orden fueron, y siguen siendo, el «imperativo político» sobre el que creció y se consolidó Chile. Según el autor, lo anterior iría configurando el temple de una sociedad como la chilena. Incluso, como lo sugiere la lectura de estos

apartados, sobre estos elementos se ha ido configurando la exagerada desigualdad al interior de la sociedad chilena.

De igual forma, teniendo como escenario el conflicto armado entre conservadores y liberales de 1891, el autor busca ilustrar el valor que fue adquiriendo en la sociedad las libertades civiles y la lucha frente al constante autoritarismo que caracterizaba el sistema político en Chile. Aquí Sagredo destaca la importancia que fue adquiriendo la clase media en el desarrollo de la política y la economía desde fines del siglo XIX en adelante. Es la participación de la clase media, la mayoritaria actualmente en el país, la que va a impulsar la aspiración de cambios y reformas como, por ejemplo, en el ámbito de la educación, la salud y la participación política.

La última parte del libro está dedicada al análisis de los problemas y conflictos que vivió la sociedad chilena luego del quiebre civil de 1891 hasta la actualidad. Como la mayor parte del libro, los tópicos que articulan estos apartados por parte del autor son dos: la política y la economía. Sagredo continúa su estudio siguiendo el argumento desarrollado para el período anterior: analiza el autoritarismo y la fisonomía conservadora de la élite gobernante chilena, ya sea la antigua aristocracia o la nueva burguesía que domina el país. Es decir, nuevamente un período de convulsión social y desestabilización política llevan a la reivindicación histórica del orden. La actuación de militares como Carlos Ibáñez del Campo en la década de los 30' y los 50' y, posteriormente la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1989), como resultado del quiebre institucional de 1973, viene a evidenciar una cuestión que no es algo inédito en la historia de Chile y también latinoamericana: la presencia de los militares en la vida pública (p. 247). De acuerdo a lo sugerido por el autor, las crisis políticas y económicas, que traen una gran inestabilidad social, ponen a prueba todas las aspiraciones de estabilidad y conservadurismo presentes de una sociedad como la chilena.

Con estos elementos, Sagredo realiza un diagnóstico bastante audaz sobre cómo serían la identidad y los valores que dominan en gran parte de la sociedad chilena desde fines del siglo XIX hasta nuestros días. La cercanía a la moral cristiana, el chovinismo y el inconformismo, entre otros, son rasgos dominantes que definen el comportamiento y los anhelos de la clase media chilena (pp. 234-238). Lo anterior resulta extraordinariamente estimulante, pues permite interiorizarse en las más íntimas angustias y esperanzas de una sociedad que constantemente «aspira» al desarrollo en pleno siglo XXI. Es la historia cotidiana de una trayectoria política, social y económica de un país. Es decir, el autor pone en tensión en la coherencia de su reflexión lo macro con lo micro, lo institucional con lo cotidiano, lo público con lo privado.

Sin ir más lejos, y en uno de los puntos más sobresaliente de todo el libro, el autor descompone uno de los tópicos más controversiales de la historia de Chile en el siglo XX: el supuesto milagro económico que el régimen militar liderado por el general Augusto Pinochet habría conseguido luego de llevar a cabo un agresivo plan de reformas económicas. El autor no sólo cuestiona el perverso impacto en la sociedad que generó el tránsito al modelo económico neoliberal. Con datos fuertes, Sagredo pondera y relativiza el desarrollo económico que se habría producido en el período de dictadura evidenciando que en «todos los indicadores el manejo de la democracia

es mejor que el de la dictadura, destacándose las diferencias en crecimiento, empleo, pobreza y equidad» (p. 256).

En suma, es un libro provocador y estimulante que busca cuestionar e impugnar varias de las nociones más aceptadas en la historia de Chile. Una obra que en ciertos pasajes perturba, que aturde si se quiere. Un libro incómodo para quienes se instalan en el confort y conveniencia de los tópicos históricos establecidos. Es un texto que, a través del trabajo histórico y no del ejercicio teorizante, logra poner en evidencia las carencias, insatisfacciones y expectativas de una sociedad como la chilena. Como lo reconoce el autor al final del libro: «Es el drama de una sociedad marcada por la jerarquía, la desigualdad y la violencia (...)» (p. 277). Un trabajo que cualquier historiador interesado en la historia de Chile, y también latinoamericana, debe consultar. *Historia mínima de Chile* de Rafael Sagredo Baeza no es una historia tan mínima, ni sólo una historia del «Jardín del Edén» americano. Un libro rebelde y agitador que, sin duda, despertará muchas pasiones intelectuales.

Francisco ORREGO GONZÁLEZ
Instituto de Historia y Ciencias Sociales
Universidad Austral de Chile